

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LOS COLEGIOS DE NIÑAS.

Mucho se ha discutido y escrito sobre las ventajas é inconvenientes de los colegios de niñas, generalmente con pasion, por sistema ó por cálculo; nuestras observaciones se reducirán al terreno de la aplicacion práctica, y tendrán por objeto los intereses de las familias, de la moral y del orden social.

Se ha dicho de los padres, y con particularidad de las madres, que tienen ordinariamente al parecer, una ineptitud moral para educar á sus hijos; pero, porque esta ineptitud se manifiesta en casos particulares, ¿deberemos considerarla como condicion de la naturaleza? Nó, y mil veces nó. El padre y la madre han recibido de Dios una grande aptitud para la educacion de sus hijos, y no hay exageracion en afirmar que la madre es casi únicamente quien puede educarlos en la infancia; pues cuantos medios se adoptan, á falta de la accion maternal, tienen que conformarse á ella, porque la madre es el educador por excelencia, el natural y verdadero tipo que es indispensable imitar en la difícil y delicada tarea de formar hombres. Hasta en la educacion que comunmente se dá fuera de la casa paterna, es necesario el ejercicio mas firme y perseverante de la autoridad de los padres, y muy especialmente de las madres en cuanto se relaciona con las niñas; en una palabra, la obra de la educacion no debe ejecutarse sin el concurso de los padres, que tienen el deber de conservar sobre ella una accion superior: tal es su derecho mas imprescriptible de que nadie puede despojarlos; y tal es su mas inviolable y sagrada obligacion, de que nada los debe dispensar.

La madre, sin otra excepcion que los casos de impedimentos legítimos, debe educar á sus hijos. Despues de la infancia, los varones pueden continuar educándose, sin graves inconvenientes, lejos de sus padres; pero las niñas deben hacer en la familia el aprendizaje de sus virtudes domésticas, y tomar parte desde muy

temprano en las tareas de la casa, si han de saber en su dia desempeñarlas y dirigir las: en ninguna otra parte adquirirán mejores hábitos de orden, economía, modestia, dulzura y piedad.

Conviene que la niña no se separe de su madre, sino durante las horas que deba pasar en la escuela; único medio de unir la vida de familia á la vida pública, y de que las lecciones y ejemplos del hogar doméstico, así como la influencia y direccion moral de la madre, sean corroborados por la enseñanza de la Profesora. Esta accion simultánea de la familia y la escuela reúne todas las ventajas de las educaciones pública y doméstica; sin embargo, hay circunstancias diversas que pueden impedir á la madre el tomar tanta parte en la educacion de su hija, y es indispensable recurrir á cuidados mas ó menos lejanos de su casa; pero solo á la familia es dado apreciar esta necesidad y la posibilidad de satisfacerla. Reconocemos, pues, la necesidad y utilidad de los colegios, como casas de pension, y abrigamos el convencimiento de que muchas jóvenes salen de ellos mejor educadas que hubieran podido serlo en el seno de sus familias.

Una vez instalados con las condiciones del personal y material que exige la ley de 9 de Setiembre de 1857, los colegios particulares de niñas, como todos los demás establecimientos de enseñanza privada, quedan emancipados del Gobierno en lo concerniente á la direccion, así como á la eleccion de métodos y profesores; en todo lo demás, entran por completo en las condiciones del derecho comun, porque el Estado no debe permanecer indiferente á los desórdenes que en las escuelas pudieran manifestarse, y que serian severamente reprimidos, puesto que las Directoras de estas casas contraen muy serios deberes para con las familias á que en cierta manera reemplazan, para con las niñas á quienes deben moralizar é instruir, y para con el Estado al cual deben dar cuenta del uso que hacen de la libertad de enseñar que la ley les concede. Por lo demás, está en el deber y en el interés del Gobierno el proteger

mas ó menos indirectamente á estos establecimientos, y utilizar en provecho de la Instrucción pública las mejoras que realizan por efecto de una concurrencia y emulacion que no podrán menos de redundar en provecho de la educacion general.

A todas estas garantías tienen derecho los padres cuando eligen el colegio en que se ha de educar su niña; pero en esta senda hay escollos que los padres deben evitar con gran cuidado, porque se trata nada menos que de la salud, el carácter, la instruccion, la moralidad y la felicidad de su hija.

No es de esperar que para la niña separada de la casa paterna supla el colegio la educacion que pueda dar la madre virtuosa y capaz, aun suponiéndolo apropiado á la condicion social de la niña, y en perfecta armonía con la vida de la familia sencilla, moral y laboriosa. ¿Qué sucederá, pues, cuando la niña ingrese en un colegio donde, en vez de la educacion sólida y virtuosa que conviene al interior del hogar doméstico, se dé una instruccion brillante y pretenciosa para el mundo? ¿Qué le sucederá bajo la influencia de tan perniciosa enseñanza? Nada mas fácil de preveer, á poco que se fije la atencion en lo que á veces impresiona lastimosamente los ojos del observador.

Admitida en un colegio del gran tono la hija de una modesta familia de la clase media, ó experimenta los desdenes de las jóvenes patricias mimadas por la fortuna, en cuyo caso deplora su condicion y desciende hasta las mas injustas quejas contra la posicion de sus padres y la exigüidad de un patrimonio adquirido no obstante á costa de privaciones y trabajos, ó consigue ganar, por un favor particular, la gracia de sus compañeras, de las cuales toma ciertos dengues, melindres y maneras protectoras, saliendo por grados de la esfera de que mas adelante se lamentará, sin poder recuperar el bienestar, la paz y la felicidad. Los ensueños mas extravagantes vendrán á ofrecer sus funestas ilusiones á esta delirante imaginacion; las labores de mano quedarán descuidadas ó serán rechazadas con desprecio; la instruccion sólida

no tendrá atractivo; la vida se pasará en el piano ó en el caballete del pintor, y los padres se sacrificarán haciendo dispendios exorbitantes para sostener los mas caprichosos deseos. Terminada esta educacion, concluirán tambien los sueños dorados; nuestra jóven despertará en la casa de su familia, y en vez de los palacios, trenes, bailes y conciertos que habia soñado, se levantará ante sus ojos la realidad, dándole á conocer toda la extension de las ilusiones y toda la gravedad de un mal que rara vez tiene remedio.

Dos perspectivas le ofrecerá su porvenir: ó permanecerá soltera, adoptando quizá por necesidad la vida de artista, no siempre exenta de miserias y borrascas, ó entrará sin experiencia en la via del matrimonio, y será probablemente una muger ligera, una madre sin órden ni economía, y poco cuidadosa de sus hijos; suponiendo que no llegue á ser una mala esposa y madre.

Felizmente no abundan los colegios en que las apariencias, el lujo, la vanidad, el orgullo y las futilidades humanas usurpan el lugar del órden, el trabajo, la conveniente instruccion y la ciencia doméstica: importa mucho que estos establecimientos, en vez de la enseñanza que prepara mas ó menos superficialmente á la muger del gran mundo, den la educacion que forma sólidamente á la madre de familia. Hemos visto algunos de este último género, y vamos á bosquejar un sencillo cuadro general de ellos, proponiéndonos trazar con detalles el de cada uno, cuando los actos de exámenes que celebren para probar que llenan las esperanzas de las familias, nos ofrezcan la oportunidad de hacer públicos los beneficios que proporcionan á la sociedad.

Al penetrar en estas útiles y respetables casas se experimentan las gratas impresiones que producen la limpieza, la decencia, la tranquilidad y el bienestar. En todo reinan, con el buen gusto, los caracteres de una vida sana, abundante, sin prodigalidad y sin abuso; se observa una igualdad cuyo nivel no obliga á las niñas de la clase media, para alcanzarlo, á su-

bir con fatigoso afán, sino que las mas favorecidas por la fortuna se conforman con este nivel en provecho de la modestia.

La educacion es tan pura, moral y verdaderamente religiosa en estos establecimientos, que menos parecen casas de pension que de familia. Pero, ¿nos admiraremos de esto, si posee todas las cualidades de una madre la Profesora que dirige una interesante reunion de encantadoras niñas, á quienes considera como hijas? Por eso los primeros guias y los mas poderosos móviles son el amor divino y el amor filial, doble atracción de las almas hácia el pudor y la virtud.

La instruccion es sólida, práctica y provechosa; la dan la sabiduría y la razon; la embellecen y la hacen seductora los mas tiernos afectos del corazon. No se limita á los estudios clásicos, sin duda muy útiles á la muger para desarrollar su inteligencia y hacerla, para lo ulterior, mas agradable al marido y mas útil á los hijos; abraza como descanso y distraccion las tareas prácticas y la iniciacion de los cuidados y arreglos del interior de una casa; esas preciosas nociones con las que una muger pobre es quizá rica, y sin las que una rica es siempre pobre. De esta manera, embellecida la niña con una educacion perfecta, vuelve á casa de sus padres, llevando á ella la paz, la alegría y el consuelo; y si Dios la destina al matrimonio, será la dicha de su marido, el honor de su casa y la felicidad de sus hijos.

He aquí los colegios de niñas tales como los hemos estudiado, como los comprendemos, como los deseamos á las madres cuando necesitan fuera del hogar doméstico elementos para deramar en el alma de sus hijas el inapreciable tesoro de una educacion moral y cristiana.

No bastará que los padres hayan elegido la casa mas digna de su confianza para la educacion de sus hijas; es indispensable que vean con frecuencia á la Directora; que le den todas las noticias posibles respecto al carácter, inteligencia, inclinaciones, defectos y demás cualidades de aquellas; que se informen constantemente de su conducta, espíritu, progresos y

faltas; que tomen, de acuerdo con la Directora, medidas eficaces para corregir el mal y estimular el bien; y en fin, que apoyen con toda su autoridad la accion del colegio para los castigos ó las recompensas, para los elogios ó las reprensiones.

Con todo lo que hemos dicho, quizá no reclamamos para esta educacion todo el cuidado que merece por su influencia en el porvenir de las sociedades; se dá á la muger muy poca ó demasiada instruccion; esta es fútil, cuando deberia ser seria; se atiende demasiado exclusivamente al cultivo del talento, cuando se deberia insistir en el sólido y profundo perfeccionamiento del corazon; se pierde de vista con frecuencia el fin que es necesario alcanzar; se dá demasiada importancia á los vanos adornos que reclama el mundo, y no la suficiente á las atribuciones de la madre de familia.

En conclusion: los resultados de la educacion de la muger son preciosos ó funestos, segun que la niña sea dirigida por las vias providenciales de su verdadero destino, ó por el fatal sendero de un falso y peligroso porvenir. Las familias, las escuelas y el Gobierno deben proceder de consuno á satisfacer la imperiosa necesidad de perfeccionar, en cuanto sea posible, esta interesante parte de la Instruccion pública, para no hacerla cómplice de los desórdenes y calamidades sociales que sus deplorables extravíos puedan originar.

J. T. L.

IMPORTANCIA DE LA ACCION

DE LA MUGER EN LA BENEFICENCIA.

A la manera que del tronco secular en la robusta encina desgaja el hacha salvadora del agricultor aquellas ramas carcomidas en que la savia nutritiva rinde apenas estériles ó menguados frutos, para que nuevos brotes produzcan vástagos, cuya lozana vegetacion restituya á una vida fecunda el árbol que apenas resistia á las injurias del tiempo, así la poderosa influencia de la civilizacion destruye las antiguas y empo-

brecidas instituciones, de cuyo seno brotan á raudales los tesoros de la beneficencia y hoy apenas muestran vestigios de su ya perdido manantial, para que bajo formas regeneradoras produzca esta cristiana virtud los únicos y abundantes frutos que pueden bastar á las necesidades palpitantes de esa clase mas numerosa que en los pueblos amenaza á veces su existencia. Apenas queda ya á nuestra memoria el recuerdo austero y sombrío de aquellos establecimientos que una no remota antigüedad alzó á impulsos del sentimiento benéfico, cultivado en los corazones generosos con la práctica constante de todas las demás virtudes, para ofrecer en su última hora á la humanidad decrepita ó doliente y á la horfandad desvalida, el óbolo de sus privaciones en alivio de sus desgracias. Pero vive palpitante aun la decadencia lastimosa á que venian estos institutos al compás del crecimiento incesante de nuevas y mas imperiosas necesidades, que profundizaban, hasta con un aspecto amenazador, la cancerosa llaga del pauperismo.

Mas el espíritu regenerador de nuestra época acude presuroso á derramar el bálsamo consolador á tan acerbos dolores sociales, y halla tambien en las prolíficas virtudes de la beneficencia una fuente inagotable de recursos que, dirigidos con tino á combatir las diferentes causas del mal, ciega sus verdaderos orígenes con nuevos y bienhechores establecimientos. La beneficencia pública y privada cobran nueva vida, y con asombrosa rapidez las vemos traspasar los límites de sus antiguos y únicos objetos. Hoy sus numerosas é interesantes creaciones cubren con su piadoso manto las miserias y dolores de la humanidad en toda la redondez de la tierra. ¿Por qué, y por quién se ha obrado tan maravillosa transformacion? Reflexionemos un momento.

En dos clases bien distintas se halla dividido el género humano desde sus primitivas asociaciones. El mundo antiguo las conoce, porque en su falsa filosofía creyó ver en la naturaleza el hombre libre y el esclavo: la sociedad moderna las conserva en la necesaria distin-

cion del hombre rico y el pobre. Pero ¡admirable y consoladora diferencia! La esclavitud antigua es la degradacion y el embrutecimiento: la pobreza moderna la forman la desgracia y la miseria. La libertad de los pasados tiempos se alimentaba con el egoismo y la tiranía: la riqueza actual se afirma con la igualdad moral y el trabajo, fundamentos imperecederos de nuestra civilizacion cristiana, que, inspirando por otra parte las mas sólidas virtudes, alivia con frutos saludables los males que son inherentes á nuestra triste condicion. Estudiando las instituciones y costumbres que ha creado la civilizacion, hallaremos desde luego destruida por completo la armonia entre las diversas clases sociales por el triste desórden de sus relaciones, á no profundizar hasta el corazon de todos sus fenómenos. Hallaremos, sí, una notable desigualdad en la distribucion de la riqueza; pero no faltarán en ellos mismos ricos medios para estrechar los vínculos que deben unirlos, y establecer esa solidaridad de intereses que hace comun la suerte de todos. Es cierto que puede contristarnos que los unos gocen inmensas fortunas y los otros pululen en una desnudez completa; que para los primeros sonria constantemente el placer con todos sus goces, el lujo y las superfluidades, al paso que para los otros no haya mas que el trabajo, las privaciones ó una inevitable indigencia; y por último, que el grito primero de nuestra conciencia nos diga: *para unos la dicha y los placeres y para otros el trabajo y el sufrimiento*. A la vista de este cuadro que el poder humano jamás alcanzará á borrar, porque una voz infalible nos dice: *siempre habrá pobres entre vosotros*, fácil nos será reconocer que de la civilizacion antigua á la moderna hay una distancia inmensa. La esclavitud de la primera era un insondable abismo que apartaba las clases sociales; la igualdad de la segunda es un dulce y poderoso vínculo que las acerca y estrecha para formar de la humanidad una gran familia, dulcificando los males de unos y previniendo las desgracias de otros, con la liberalidad de los que han sido favorecidos en sus riquezas. Dé-

bil en extremo ha venido siendo este vínculo social, el mas indisoluble, en tanto que la beneficencia, por cuyo medio se manifiesta, ha sido individual y privada en sus preciosas obras; pero hoy que ha tomado un carácter colectivo y público en las naciones modernas, á favor de las leyes sociales cuyo fundamento es el cristianismo; y que en ella la muger representa un papel tan importante, empieza á manifestarse en sus admirables beneficios como el talisman poderoso que ha de realizar por completo la sublime obra que se inició en la redencion del linaje humano.

No bastando la intervencion protectora y directiva del poder público á dar á los antiguos establecimientos de beneficencia todo el desarrollo y extension que reclamaban las necesidades sociales; ni tampoco la caridad privada é individual á acallar los tristes clamores del pauperismo, fué preciso robustecer su concurso atacando al egoismo en la alta esfera social, para que de ella descendiese á lo mas bajo el rocío reparador de las limosnas, y que los centros benéficos fuesen manantiales que apagasen la sed devoradora de la miseria y los dolores. Bien pronto, excitada así la caridad, por la asociacion del individuo á la administracion, para tomar á su cargo el grave peso de los cuidados y detalles de la beneficencia pública, despertó mas y mas la privada y con ella el espíritu de asociacion para realizar creaciones portentosas. La atencion se fija entonces con mas esmero en las necesidades de las clases menesterosas y trabajadoras, y se estudian con generosa solicitud sus dolores y sus miserias, se allegan pronto recursos numerosos y permanentes para extinguirlas ó contenerlas. Pero en la difícil cuanto penosa realizacion de los trabajos, atenciones y cuidados que la práctica de la beneficencia requiere, se nota un vacío inexplicable que hace estériles los sacrificios mas generosos, aun en algunos institutos de los mejor organizados; y antes que el espíritu benéfico decayera por el convencimiento erróneo de su ineficacia, la religion saca de su propio seno agentes inmediatos que se encargan de realizar y aplicar

los recursos y cuidados que forman una penosa tarea, y entre ellos coloca la ternura de la muger como el vigilante cuidadoso de todas las miserias y dolores, y el auxiliar infatigable de todos los trabajos y sacrificios. La caridad tiene una *hermana*, y en ella el ejemplo mas acabado de todas las virtudes que han de concurrir al ejercicio de la beneficencia.

Apartamos nuestra consideracion por hoy de todo lo que es la muger de las diferentes clases sociales en la beneficencia, para fijarnos solo en lo que puede y debe ser con la plenitud de su cooperacion al alivio y curacion de todas las miserias y dolores que aquejan á la humanidad necesitada; pero sin que esto obste á declarar anticipadamente que en todos y cada uno de los pasos que viene dando en la carrera espinosa de la beneficencia, brotan bajo su planta los inapreciables frutos de un bien no conocido aun suficientemente para que se pague en justa recompensa con todos los tesoros del reconocimiento.

Nada enaltece tanto á la muger, despues del exacto cumplimiento de los deberes de madre, como los sacrificios y cuidados que consagra á la beneficencia. Organizada para la ternura, para la prevision y los sacrificios, todo lo descubre y prevee tal como es indispensable á la beneficencia, y todo lo realiza con la humildad, que difícilmente se encuentra reunida en el hombre. Con las dotes características que hemos señalado en la muger, está realizada la tarea complicada y difícil de la beneficencia, aparte de que su corazon generoso es el mas dispuesto á compartir su bienestar y su dicha con la desgracia, porque su ternura le basta para descubrir y calmar los sufrimientos, su prevision para evitar los peligros, ilustrar las inteligencias y moralizar los corazones, y sus sacrificios y sufrimientos para curar las enfermedades corporales y morales. He aquí á lo que debe hoy la beneficencia esa multitud de objetos á que consagra el sin número de establecimientos que imagina y crea sobre el vasto horizonte que la intervencion de la muger en sus saludables prodigios, y que dió á conocer por la

eficacia de su influencia y participacion en todas y cada una de sus humildes tareas. De aquí parte todo lo que ella debe y puede ser en el ejercicio de esta interesante virtud cristiana, que la coloca en el seno de la sociedad completando la gran obra que empieza en el recinto de la familia. Bien pronto haremos el estudio detenido del papel que desempeña en este trabajo, verdaderamente social y cristiano, para que los pueblos la rindan toda la consideracion, respeto y reconocimiento de que es digna por sus importantes obras.

L. R. P.

ALGUNOS CASOS EN QUE EL MATRIMONIO ES INTEMPESTIVO.

En el estado actual de nuestra civilizacion, el contrato mas sério de la vida, el matrimonio, suele efectuarse con tanta imprevision y ligereza, como atencion exclusiva á los intereses materiales. Dirigense casi solamente á las posiciones aseguradas para garantizar la existencia fisica, y se olvidan otras circunstancias no menos importantes; mas claro: se casan los cuerpos y los bienes y no las inteligencias y los corazones. En un acto tan esencialmente fundamental del bienestar, felicidad y porvenir del individuo, la familia y la sociedad se deberian conciliar del mejor modo posible, con el mayor cuidado y la prudencia mas reflexiva, estas dos importantes condiciones de los enlaces humanos: la *inclinacion* y la *conveniencia*.

La legislacion prevee los peligros de los casamientos prematuros y fija en catorce años para el hombre y en doce para la muger, la edad minima en que el matrimonio puede efectuarse. Estas edades, determinadas en consideracion al orden natural, que no aconseja señalar otras menores, están lejos de ser suficientes en algunos casos, bajo el punto de vista fisiológico; pero la ley dispone tambien que hasta la mayor edad no se contraiga matrimonio sin el consentimiento paterno. Sobre los padres pesa, pues, toda la responsabilidad moral cuando, deslumbrados por las seducciones de la fortuna, incurren en la culpable imprudencia de exponer á sus hijos á los peligros de los enlaces inconvenientes.

En el marido demasiado jóven, la inconstancia y movilidad de los sentimientos, ideas y gustos; la falta

de madurez de los juicios y reflexiones, y la incapacidad para los negocios, administracion de bienes, etc., ocasionan inevitablemente turbaciones en la vida conyugal, desórden en la fortuna é irregularidades en la conducta, sin mencionar otras consecuencias mas graves, que son fáciles de adivinar.

En la esposa demasiado jóven, los resultados no son menos lamentables y funestos: su debilidad y el incompleto desarrollo de su constitucion ponen en peligro la existencia de la madre, ó son por lo menos perjudiciales á la salud de sus hijos, sin contar las deplorables consecuencias de la falta de experiencia para el gobierno doméstico, la educacion de sus hijos, etc. Estas fatales condiciones han llevado el luto y las calamidades á un gran número de familias, cuyos tristes ejemplos deberian servir de saludable enseñanza.

Pero los resultados son mucho mas deplorables, cuando en las edades de los esposos hay una gran desproporcion. Como cada edad tiene sus placeres, su espíritu y sus costumbres, cuando un jóven y una vieja, ó un viejo y una jóven, cometen el lastimoso contrasentido de unir sus destinos, pueden de antemano estar muy seguros de que verán casi todas las cosas de la vida por un prisma diferente; que los gustos y placeres del uno serán antipatías y molestias para el otro, y que con la mayor frecuencia, desacordes en sus pretensiones y designios, no se entenderán mejor en sus acciones é intereses.

Por ejemplo: el jóven que toma por esposa una vieja, no suele tener otro móvil que el aliciente de la riqueza; y cuando consuma su penoso sacrificio, ha formado muy de antemano su proyecto para resarcirse de las importunidades, exigencias y rarezas de su añosa mitad con el lujo de la mesa, trenes, caballos y carruajes, con el trato de numerosos amigos, y con todas las demás consecuencias de tan alegre vida: para él, su nuevo estado es una profesion; pero su desilusionada compañera, ¿qué experimentará muy luego?... ¡Pesares, aislamiento y abandono!.... Porque entonces no hay familia para consolarse: menoscabados sus intereses y descontenta, se encuentra sola, sin hijos para indemnizarse con su afecto del que tan extrañamente creyó poder inspirar: feliz todavía esta víctima de tan lamentable error, si la disipacion de los bienes y una ruina completa no añaden á tantas pesadumbres la miseria.

La jóven que acepta por marido un viejo en alta posicion social, rara vez la impulsa á ello, sino la am-

bicion apasionada de un gran nombre, título, ó de una inmensa fortuna. «*El afecto no existe, pero vendrá,*» dicen con cierto aire de seguridad las dos familias y aun el presunto marido. No se equivocan: el afecto nace, se desarrolla y crece: el corazón de la muger está esencialmente organizado para esparcir en su derredor el delicioso perfume del puro y suave sentimiento que constituye su atmósfera; pero he aquí lo que desgraciadamente sucede por regla general, que ofrece muy pocas excepciones:

Rodeada de las seducciones del mundo y lanzada sin experiencia en esta via de ilusiones y de peligrosa libertad, á cada paso encuentra la joven esposa, en esta nueva y brillante carrera, pérdidas asechanzas y funestos consejos. La simpatía de unas personas, la maldad de otras, y la envidia de las mas, parecen entenderse y ligarse contra ella. Supongamos que su inteligencia, su carácter y las buenas enseñanzas que haya recibido le den fuerzas para evitar consecuencias fáciles de preveer, y que no labre la ruina de su casa con las locas prodigalidades del lujo y la vanidad; pero ¿tendrá el mismo imperio sobre los impulsos y necesidades de su corazón?...

Hasta entonces el amor de la familia con sus dulces y puros reflejos habia dado suficiente luz á esta alma sincera y cándida; pero un vago delirio se apodera de ella, revelándole un sentimiento indefinible, y en su crédula inexperiencia quiere armonizarlo con la estimacion que ya tiene á un marido tan bueno y generoso; pero pronto reconoce con dolor que no es esto posible, y que solo un amor filial es capaz de ofrecerse en pago de atenciones y solicitudes verdaderamente paternales. Entonces una lucha terrible y permanente se emprende en este joven corazón, y he aquí los extremos á que puede llegar:

La religion, la virtud y la conciencia del deber mas imperioso comprimen, en lo mas recóndito de tan atormentado corazón, un sentimiento que no puede ceder desde luego; pero una tristeza profunda, cuya verdadera causa nadie puede sospechar, ni aun viendo á quien la experimenta, marchita la flor de la juventud, agota los manantiales de la felicidad, consume la salud y destruye la vida. No son achaques de las influencias de lo físico sobre lo moral estas fatales consecuencias, porque las influencias de lo moral sobre lo físico son entonces las únicas culpables. Pronto habrá que lamentar un acontecimiento mas funesto, si el amor maternal, tan sublime y poderoso, no viene á reanimar con su dulce y calorosa influencia

los últimos fuegos que parecen extinguirse en esta alma, y á sostenerla con su encanto en el inmenso vacío de otro sentimiento á que nada puede satisfacer.

Consecuencias mas espantosas indicaríamos si serias consideraciones no nos detuviesen; solo añadiremos, que por desgracia llegan á veces los ímpetus del corazón á romper el prudente freno de la conciencia, y un sentimiento concentrado hasta entonces en el mas profundo misterio, se inflama y hace explosión causando terribles desgracias. A las personas para quienes estos bosquejos fuesen pinturas de capricho, recomendaríamos que observasen: pronto encontrarían cuadros de familia que ofrecen provechosa y útil enseñanza.

Los padres y madres deben hablar á la razón y al corazón de sus hijos enseñándolos á considerar el matrimonio como el acto mas serio de la vida, y dándoles á conocer algunas de las dificultades que en él se encuentran.

La eleccion de un marido es muy grave, para que la muger á quien concierne pueda quedar dispensada de que sus padres ó superiores les den todas las instrucciones que para decidirla deben ilustrar su inteligencia. Asunto es este de una inmensa responsabilidad para los padres de familia, que deben obrar con la conciencia y el desinterés del mas tierno afecto. Verdad es que las circunstancias dominan á veces la voluntad y quitan hasta cierto punto la libertad de elegir, y que los padres no siempre son dueños de decidir la suerte de sus hijos; pero siempre que la posición permite esperar, y no aceptar sino al que reúne las cualidades apetecibles, la predilección debería fundarse en el mas perfecto acuerdo posible de los gustos y costumbres, que son casi siempre las primeras condiciones de los matrimonios felices.

J. T. L.

NO ES FÁCIL DIRIGIR BIEN EL AMOR PROPIO

EN LOS NIÑOS.

Hay una especie de vanidad que se manifiesta complacida hasta de cualidades que nada favorecen, y se observa en muchas personas que no pierden ocasión de decir: «yo tengo ese defecto,» «yo soy así.» Verdad es que esto, en cierto modo, no es mas que un medio de darse posición en el mundo, haciendo uno ver á los demás que es algo: Amalia em-

pieza á reconocer esto último, y todo lo que le pertenece tiene cierta importancia para ella. Porque su tía le ha dicho muchas veces que es impaciente, se complace en repetirlo; y me ha costado algun trabajo el hacerla renunciar este género de mérito; pues se ha manifestado tan poco dispuesta á corregirse, como ignorante de que la impaciencia es un gran defecto. Para darle una idea exacta de él, esperaré á verla impacientada de una manera ridícula, y cuidaré de que conserve un recuerdo que le quite la gana de decir á todo el mundo que ella es impaciente.

Importa mucho preservar á los niños de un exagerado deseo de llamar la atención, y evitar que el amor propio influya en las virtudes antes de que estén arraigadas. Felizmente, Amalia puede oír elogiar la elevación de sentimientos, la firmeza de carácter y otras muchas cualidades, cuyos gérmenes empiezan ya á manifestarse en ella, sin imaginar que tan bellas palabras puedan tener la menor relación con los pequeños méritos que á sí misma se atribuye. Sin embargo, el otro día, mi hermana, en un momento de entusiasmo por su hija, que es para ella un objeto de impaciencia y un modelo de perfección, me decía que Eugenia tenía en realidad grandeza de alma. Oyó esto Amalia, y se dirigió á su tía preguntándole qué era grandeza de alma: mi hermana le contestó de broma; pero comprendí claramente que Amalia quería tener grandeza de alma como su prima. En efecto, al día siguiente, habiéndole dado su hermana una pequeña manotada, se abstuvo de devolvérsela, contra su costumbre, le dijo que lo hacía por grandeza de alma, y al mismo tiempo me miró con disimulo: yo me eché á reír. Amalia se ruborizó al ver frustrada su tentativa, y se apresuró á reírse también, asegurándome que lo había hecho por bromear; pero un momento después añadió que bien podía ella tener también tanta grandeza de alma como Eugenia. Yo le aconsejé que para pensar en esto, esperase á saber lo que significa; y ella se calló no atreviéndose á dar una definición que en el fondo hubiera sido que la grandeza de alma consistía en no devolver manotadas: evitaré con sumo cuidado que se exalte en ella la pasión de elevarse, y que se incline á la virtud solo por obtener elogios.

Esta disposición ha falseado muchos caracteres excelentes. Ciertas personas dotadas de una grande actividad de espíritu, pero sin importantes intereses en que ocuparla, experimentan la necesidad de exa-

gerar los sucesos y sentimientos de la vida común. De aquí resulta el hábito de un lenguaje desmedido para las cosas que se han de expresar; así es, que de una mujer que llora la muerte de un hijo, se suele decir que está *sublime* en su dolor; el valor con que se soporta un revés de fortuna, no puede menos de ser *heróico*; y á la facilidad de hablar es muy corriente llamarla *elocuencia*. Semejantes exageraciones dan al elogio un valor independiente del mérito y despiertan la vanidad con relación á mil cosas á que naturalmente no se daría importancia.

De este veneno de palabras quiero preservar á Amalia. En Benigna poco tengo que temer, porque abandonada á sus movimientos no prevée el efecto ni lo nota: creo que nunca le faltará buen natural, y solo habrá que pensar en dirigirla y contenerla, cuidando de que la actividad de su espíritu no se extravíe, pues podría concentrarla en el sentimiento del amor propio que casi siempre está dispuesto á aprovechar las ocasiones.

Menester es alejar de los niños todo lo que pueda exaltar su imaginación respecto al mérito de las virtudes que ellos no sean capaces de comprender y ejercitar debidamente. Aunque las madres estemos seguras de haber conseguido que nuestras hijas no busquen nunca ni aun acepten las alabanzas á que no se consideren acreedoras, no podemos responder de que no procuren, haciendo el bien, la manera más eficaz de atraerse los elogios, y que no lleguen á exagerarse á sí mismas el mérito que se les haya elogiado. Mi tarea en este particular tiene por objeto el hacerles familiares las virtudes, antes de enseñarles lo raro y lo elevado de estas. Por ejemplo: Amalia es bastante sensible al placer de dar, sin necesidad de comprarlo con privaciones y sacrificios; pero la he visto disputar días enteros con su hermana por un pedazo de gaza ó de papel dorado de que cada una de ellas se consideraba dueña. Nada sería más fácil para mí que el terminar semejantes contiendas: me bastaría excitar la generosidad de Amalia presentándole como digno de elogio el que aplicase siempre esta virtud en sus relaciones con su hermana, y estoy muy segura de que al cabo de pocos días, trapos, papel y aun la obstinación y el placer de la disputa, todo sería sacrificado al de desplegar su generosidad. Pero me guardaré bien de intentarlo, porque el inconveniente sería mayor. Benigna, más niña, menos reflexiva, y por consiguiente, más dispuesta á prevalerse de la condescendencia de los demás, se

dispondría muy bien para contar siempre con la de su hermana, dando rienda suelta á todos sus deseos y caprichos; y Amalia no sacrificaría los suyos al placer de obligar á Benigna, sino á su propia vanidad. No me impacientaré porque su virtud fructifique antes de tiempo y me contentaré con aprobar las complacencias de Amalia para con su hermana, sin considerar estos actos como meritorios ni de obligacion. Mientras el deber sea muy difícil, habrá que pagar demasiado caro su cumplimiento, y por eso espero con paciencia á que la inclinacion se desarrolle; y desarrollará, porque Amalia tiene ya conciencia de ese poder, y nada contribuye tanto como esto á desenvolverlo. Algunas veces, cuando se decide á ceder á su hermana algun objeto en litigio, me dice: »Yo no sentiré tanto quedarme sin esto como lo sentiría Benigna;» ó bien: «Benigna es mas pequeña que yo, y no puede ser tan razonable.» Entonces penetro yo en su sentimiento, y convengo con ella en que la privacion de un juguete rote ó cualquier otro tesoro semejante, no puede serle muy sensible. Acostumbrándose á pensar de este modo, cada dia irá disminuyendo para ella la importancia de sus sacrificios, y se complacerá en encontrarlos mas fáciles; pero es indudable que la idea del deber se desarrollará con el sentimiento del poder, y Amalia se avergonzará de disputar lo que nada le cuesta ceder. Entonces no temeré elogiarle un mérito que ella habrá reconocido como necesario, y podrá sin peligro creerse generosa, porque la generosidad será ya para ella una verdadera virtud.

Espero que así podré conservar le seneillez, sin la cual nada hay enteramente bueno ni verdadero; y al mismo tiempo emplear con provecho la necesidad de estimacion, cuya fuerza aumenta la de los buenos sentimientos y nunca debe usurparles su lugar. No pretendo que Amalia se ignore á sí misma: la modestia de un alma incapaz del orgullo del bien, porque es inaccesible al pensamiento del mal, tiene sin duda mucho encanto; pero necesita la dulce tranquilidad de un carácter apacible y no resistiría á pasiones algo activas. Las inclinaciones de Amalia son rectas; pero siente mucho su personalidad, así como cuanto con ella se relaciona, y debe ser mas sensible á lo que concierne á los demás. La modestia de Amalia no se fundará, pues, en la ignorancia de su mérito, ó en la necesidad de ocultarlo á los demás; lo conocerá y no se disgustará de que se lo conozcan; pero como lo bueno que ha de haber en ella se habrá formado na-

turalmente, y no por medio de excitaciones ficticias, sabrá juzgarse á sí misma segun sus sentimientos, y no por los elogios, siempre menos justos que el testimonio de la conciencia. Aun estimando mucho los elogios, los juzgará y nunca satisfarán la rectitud de su espíritu lo bastante para hacerles objeto de sus acciones. Por otra parte, cuando el sentimiento que conduce al bien reina en el alma es muy poderoso para que tolere ninguna invasion en su imperio. La persona que vé á un pobre caerse desmayado en la calle y corre hacia él, llena de verdadera compasion, no piensa en si la gente la mira ó en si notan su activa caridad: solo ejercitan con ostentacion la beneficencia aquellos cuyo corazon no se ha conmovido bastante para impedirles que piensen en sí mismos.

No niego, sin embargo, que despues de una buena accion inspirada por el mas verdadero sentimiento, pueda el amor propio hallar su parte en los elogios que aquella nos atrae; pero este pequeño placer no corrompe las inclinaciones desinteresadas que nos han conducido al bien, porque no alcanza á ellas ni toca á nada bueno, y solo ocupa el vacío que ha podido quedar. Cuando los verdaderos motivos de la virtud y las necesidades en que se funda, una vez sólidamente arraigados y bien sentidos, hablen, todo lo demás enmudecerá; y si en el momento de una buena accion viene á insinuarse en nuestra alma el pensamiento de la estimacion de los demás, no será sino para que procuremos merecerla, y nos sostendrá en los momentos de debilidad: el que no haya sabido hacer nada para el elogio, lo hará todo para evitar el vituperio; y tanto menos podrá sufrir el envilecerse á los ojos de los demás, cuanto mejor le haga sentir su propia opinion la vergüenza de su caída.

J. M. de T.

GRANDEZA Y DECADENCIA DE UN POMO DE

ESENCIA DE ROSA.

Una de las tristes noches del pasado enero me hallaba en cierta casa de toda mi estimacion y confianza. Madrid estaba empapado y enlodado de la manera mas desagradable; una lluvia casi helada azotaba las vidrieras y su ruido monótono se me figuraba el clamoreo de niños y ancianos tiritando en sus guardillas, faltos de pan y lumbré. Quisiera poder inspirar á cuantas personas quiero la aversion que tengo al invierno, estacion maldita! castigo impuesto por Dios á la humanidad! Que suframos el invierno y procuremos hacerlo agradable, pase; pero que-

rerlo, sería demasiado. ¿Qué sensaciones nos ofrecería la primavera siuviésemos el mal gusto de querer el invierno?

Pero sea como quiera, la chimenea chispeaba muy alegremente; una linda niña tocaba el piano, y ¡cosa extraña! no nos descomponía los nervios. Dos señoras hacían labores de tapicería y crochet: el dueño de la casa leía un diario de la tarde.

La abuela revolvía escudriñando un cofrecito y de repente dió un grito de sorpresa.

«¿Qué cosa tan extraña! dijo mirando junto á la lámpara un pomo oriental dorado, y esmaltado de colores muy vivos. Este pomo, que mi nieto me remitió de Esmirna, se ha quedado vacío, á pesar de estar herméticamente lacrado!»

Pasó el pomo de mano en mano, y se entabló una discusión interesante sobre las esencias en general, y sobre la de rosa en particular, que en el orden de mis gustos ocupa el mismo lugar que el invierno, lo cual no es poco decir.

No faltó quien preguntase qué había sido del líquido que el pomo contenía. Indudablemente, el alma había volado, y lo que teníamos á la vista era un cadáver; pero aquella alma etérea, aquel perfume sutil no había desaparecido para dejar de existir, puesto que todo átomo de materia tiene su vida propia y su destino eterno en la naturaleza, bajo las diversas formas de los cuerpos en cuya composición puede entrar.

Un joven graduado de bachiller en artes, recordó á este propósito la teoría científica, en virtud de la cual se ha demostrado que los olores exhalados por las flores y otras sustancias, no son otra cosa que moléculas infinitesimales destacadas del foco que las contiene y conducidas á nuestros sentidos por las ondulaciones del aire; y en apoyo de esta teoría, citó la experiencia tan conocida del pedazo de almizcle.

Durante esta conversacion, el pomo había permanecido en mis manos; pero al volverlo á mirar lo sentí estremecerse, y fijé en él completamente mi atención.

—«¿No estás muerto? le dije en voz muy baja; yo creía que tu alma había desaparecido completamente.

—Nó, replicó con voz fina y armoniosa como el gorgceo de un pajarillo; todavía me queda un soplo de vida, y antes de morir quisiera hacerte mi confesion, á tí, que acabas de declararte mi enemigo.»

Entonces observé que, en efecto, quedaba una gota de esencia en el fondo; y mientras que el piano sonaba, bajo los dedos de la niña, el pomo me habló en estos términos:

«Tú detestas la esencia de rosa, según has dicho; pero ¡ojalá puedan los secretos y vicisitudes de mi existencia, una vez confiados á tu lealtad, conducirte á mas exacta apreciación de mi valor, que te es desconocido! Tú crees

que soy un vano objeto del lujo y fantasía destinado á servir á la estratégica coquetería de las sultanas indolentes y de las odaliscas. Te engañas. Aunque yo solo sirviese para esto, en otras partes tendría, me parece, algunos derechos á la estimación y respeto del mundo, porque si no la coquetería femenina, el deseo de agradar ha sido y será siempre la mas poderosa palanca de la civilización. Cuando Dios puso ese deseo en el corazón de la muger, supo lo que hacía; preparaba esos progresos de que estais tan orgullosos; daba al ingenio humano un estímulo inagotable. Pero ten por seguro que valgo mas que todo esto. A mí me debeis vuestros adelantos en la agricultura y en la química, ciencia maravillosa que descomponiendo los cuerpos y combinando las sustancias, crea cada dia fuerzas nuevas....»

Yo no acertaba á expresarle mi sorpresa. ¡La agricultura, la química, la descomposición de los cuerpos, la combinación de las sustancias, todas estas regiones científicas, inaccesibles á mi ignorancia y evocadas ante mí por un pomo de esencia de rosa!

«Pequeño genio perfumado, le dije riéndome, ¿intentas burlarte de mí?

—¡Excéptico! replicó sin hacer caso de mi sorpresa: necesitas pruebas, yo te las daré. Escucha: el rosál que produjo las flores, de que soy la mas pura esencia, desciende de una familia ilustre, cuyo origen data de cinco ó seis mil años. ¿Conoces tú muchos títulos de nobleza tan antiguos? Había entonces en uno de los mas templados y magníficos valles de la Persia un joven que, por su inteligencia, belleza y bravura, se había hecho el jefe mas temido de todas las tribus que ocupaban el territorio actual de la provincia de Ispahan. Se llamaba Said, era hijo de un pastor, y á los veinticinco años de edad, ya se había extendido su fama en todo el Asia Meridional, y poblaciones numerosas é intrépidas le obedecían con entusiasmo.

Un dia, Said, á la cabeza de sus tribus guerreras, atacó á Abu-Mirza, uno de sus mas poderosos vecinos.

En aquella terrible y sangrienta refriega, Said hizo prodigios; pero feliz ó desgraciadamente para él (tú decidirás esto muy luego), en el momento en que iba á ser suya la victoria, fué hecho prisionero. Se disponían á matarle, como era costumbre, cuando el príncipe Abu-Mirza, sin duda para saborear mas largo tiempo el placer de su venganza, mandó que no se le quitase la vida, y Said fué reducido á esclavitud.»

—No veo que en esto pudiera haber felicidad para él, dije en seguida.

—¡Paciencia! respondió el pomo. No me interrumpas, te lo ruego, porque en el estado de debilidad en que estoy, me cuesta algun trabajo reunir y coordinar mis ideas.

«Abu-Mirza tenía una hija, que era la perla del Oriente; nada tan ruidoso en todo el Asia como la belleza ma-

ravillosa de Saidah, y á decir verdad, cuando Said emprendió contra su vecino la expedición que acababa de serle tan fatal, tenía formado el secreto designio de conquistar este inapreciable tesoro.

«¡Ensueños engañosos! ¡Esperanzas desvanecidas! ¡Said, el gran Said, no era ya mas que un vil esclavo!

«El príncipe Abu-Mirza mandó que le presentasen su glorioso vencido, y significó severamente á Said las rudas condiciones de existencia á que había de someterse.

«Saidah amaba la naturaleza, las flores, los perfumes; y el héroe, convertido en agricultor, descubrió el arte de ingertar, y fué el primero que produjo en el rosal silvestre la bella rosa, que es una de las glorias del Oriente.

«Ofreció humildemente á Saidah esta maravillosa flor. Mas tarde, el mismo Said, con su inteligente aplicación, dotó á nuestro globo, informe todavía, de los frutos succulentos que el hombre desconocía entonces, y que son la delicia de la mesa. Dícese que el melocoton, el albaricoque, la sabrosa mora y la delicada almendra, proceden de la Persia, y es verdad; pero lo que no sabeis es que Said trasformó en producciones esquisitas los frutos venenosos que la naturaleza había esparcido con profusión en la tierra.

«¿Teneis noticia de muchas conquistas que puedan ser comparadas con esta?

«¡Pero esto no es nada todavía! Apenas fué obtenida la rosa, Saidah se manifestó disgustada de que fuese tan fugaz la belleza de la planta, y tan efímero el aroma de la flor. El infatigable Said redobló sus esfuerzos, y obtuvo el rosal que llamais *de todo el año*.

«No contento con todo esto, meditó en el silencio de sus noches cómo podría eternizar el suave perfume, por el cual Saidah mostraba su mayor predilección; y después de muchos ensayos frustrados, Said llegó á concentrar la esencia de la flor que, por decirlo así, había inventado. En aquel día nació una nueva ciencia, la química, que mas tarde había de ofrecer tantos prodigios.

«Sobre el alambique informe, sobre el hornillo grosero en que Said trabajó con afán para extraer el aroma de la rosa, trabajaron los alquimistas muchos siglos después para buscar la piedra filosófica, y operar la fantástica transmutación de los metales.»

«Ahora bien: ¿te engañaba yo diciendo que soy el origen de todos los perfeccionamientos agrícolas y de la mayor parte de vuestros actuales procedimientos científicos? ¿Es culpa mía que traficantes innobles, que fingidos ó supuestos orientales con turbantes apócrifos se presenten en los mercados para explotar vuestra credulidad, vendiendo por esencia de rosa productos falsificados y nauseabundos? No es menos verdad que el primer aliento de la civilización salió con la primera rosa, y que una nueva era data desde mi nacimiento.»

«¿Comprendes ahora el ingenio y los esfuerzos que

fueron necesarios al pobre esclavo para luchar con la naturaleza, sorprender sus secretos, metamorfosear algunas de las obras del Criador, hacer del escaramujo el rey de nuestros jardines, y de su humilde flor la reina de las flores, y conseguir que nazcan en las ramas de los árboles silvestres, por medio de combinaciones hábiles de injerto, agua y sol, esos frutos deliciosos con que mi cara patria ha enriquecido nuestros climas?»

—Pero Said y Saidah, dije, me interesan. ¿Qué fué de ellos?

—«La abnegación y los trabajos de Said recibieron su merecida recompensa. Abu-Mirza se decidió á tomar á Said por yerno.»

«Mas tarde, Said, reuniendo bajo su dominio tribus innumerables que le veneraban como á un semi-dios, fué el fundador de una de las mas grandes naciones y de la mas poderosa dinastía, de que conservan memoria las tradiciones humanas.»

El pomo se detuvo como desalentado; su voz se debilitaba mas y mas; pero después de haber recogido sus fuerzas continuó:

«Mi mas ferviente voto está ya satisfecho; puedo morir tranquilo, porque te he revelado un hecho histórico casi desconocido, y he honrado la memoria del que fué padre de mi raza. En cuanto á mí, pronto no seré mas que un trozo de materia inerte.»

«A punto de terminarse mi existencia presente, pienso en el esplendor de mi juventud. Veo aun aquí las blancas manos, las graciosas fisonomías y las dulces sonrisas de mujeres que me acogieron cuando empecé á vivir.»

«He nacido en las regiones que dora el sol; mecido en el tallo materno por las templadas brisas del Mediodía y á la sombra de los grandes sicomoros; las vicisitudes de la suerte me hacen morir aquí, lejos de mi hermosa patria y en poder de una mujer anciana. Acepto sin murmurar este triste destino! ¡Llevaré conmigo la memoria de mis afectos!»

—¿Cómo! ¿De tus afectos! ¿Hablas de los afectos de Said y Saidah?

—¡No! De los míos: cuando yo era flor, antes de someterme el hombre al fuego para extraer mi aroma, tenía yo por esposa, á la faz del cielo, una joven mariposa por la cual conservo una inmortal ternura.

¡Adios! añadió después de un instante de descanso; no olvides nada de lo que te he dicho, y que por tí sepa el mundo todo lo que debe á la esencia de rosa.»

Apenas hubo concluido, senti helarse el pomo en mis dedos. Me apresuré á mirar el contenido, y la última gota acababa de evaporarse; el pomo no era ya mas que un cadáver.

B. A.

CONVERSACIONES

SOBRE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Dispuestos á estudiar un asunto lleno de pormenores positivos que parecen ofrecerse por sí mismos á la observacion, y con la frente apoyada en las dos manos, esforzábamos nuestra memoria para reunir todos los elementos de economía doméstica que los ejemplos de familia nos dan fácilmente á conocer; pero una duda nos detenía: lo que sabíamos no nos era fácil expresarlo de una manera bastante precisa y luminosa: conocíamos que aun saliendo de nuestros hábitos puramente literarios, y de cierta nobleza convencional de idea y de lenguaje, teníamos que temer el ensayo de una forma nueva que perdería en dignidad lo que ganase en fuerza, ó que sería menos clara á medida que procurásemos adornarla.

Estas reflexiones nos condujeron al convencimiento de que la inspiracion y el lenguaje de una muger nos eran indispensables, y que necesitábamos hallar una buena madre de familia, hábil en la ciencia del hogar doméstico, y bastante complaciente y amiga, para proporcionarnos ocasion de tener algunas conferencias, en que nos diese explicaciones, con la autoridad de su experiencia personal, sobre sus prácticas diarias.

Concebido y determinado este pensamiento, empezamos á indagar, y por una de esas casualidades que se encuentran siempre que se las busca de buena fé, hemos tenido la buena suerte de hallar una señora muy entendida que posee y aplica con buen éxito todos los principios que deseábamos conocer. Esta feliz madre tiene dos hijas, á quienes educa con el mayor esmero, vá á casar á una de ellas y se ocupa mas que nunca en procurar el complemento mas precioso de la educacion.

Le hemos hecho nuestra interesada visita y manifestado con franqueza que aceptamos de antemano como verdades de observacion sus experiencias; y que deseamos vivamente oír explicar la administracion económica de una casa por una persona que la conoce tan perfectamente.

Sonriéndose de nuestra peticion, respondió:

Os dirigís á una pobre muger que no sabe expresarse con frases académicas y que siempre se ha cuidado mas de obrar que de hablar. No quiero rehusar algunas conversaciones en las cuales estoy segura que contribuireis con mas de lo que podais tomar; pero exijo una condicion, y es que Luisa (así se llamaba la hija de que hemos hecho mencion) nos haga tercio. No ignorais que su lengua es algo espedita; y además conoce ya tambien como yo la administracion económica de la casa. Si me quedo corta ella me ayudará, y si olvido alguna circunstancia ó si comprendo mal una pregunta, que siempre sabreis hacer muy bien, su jóven inteligencia avivará la pereza de la mía.

Por lo demás, no tengais escrúpulos, ni me atribuyais demasiado desinterés. Voy á casar á mi hija dentro de algunos meses, y desde que se ha decidido este gran negocio, estoy recorriendo, por decirlo así, con Luisa, todos los pasos de la educacion que le he dado. Puesto que vá á separarse de mí, es necesario que lleve por lo menos un conocimiento claro de todos los principios que le tengo enseñados para su felicidad; y como es muy razonable y formal, ella misma ha provocado ya muchas conferencias en que hemos pasado en revista los defectos de carácter y los medios para preservarse de ellos; los recuerdos de los estudios, así como lo que de estos debe retener una mujer; y en fin, las precauciones necesarias para conciliarse la opinion del mundo sin hacerle ninguna concesion de principios. ¿Por qué, pues, no os habeis de asociar á nosotras, si Luisa os aprecia y acoge con tanto respeto como afecto? Os garantizo que aceptará el convenio, si la condicion no os parece demasiado dura.

Fácil es de adivinar nuestra respuesta. Llamada á la deliberacion la amable Luisa, la cortó de la manera mas graciosa. Creyó muy bien que mi presencia daría mas interés á la conversacion, y lejos de encontrar dificultad alguna propuso que empezásemos aquella noche misma. Su madre criticó jóvialmente tanta prisa por charlar, y despues de haber consultado nuestras conveniencias reciprocas, quedó decidido que al dia siguiente volvería yo. El padre, buen hombre, que bajo un exterior frio ocultaba bastante malicia, y que en el fondo estaba contento de lo que se habia hecho para complacerme, me alargó la mano diciendo: «Hasta mañana, pues, amigo mio; dos butacas habrá junto á la chimenea en las cuales se duerme á las mil maravillas; yo honraré la mía, y la vuestra quedará desocupada mientras hableis de ciencia; pero si hay necesidad no olvideis que os estará tendiendo los brazos.

Acudimos con exactitud á la cita y vamos á procurar reproducir con el auxilio de una memoria ordinariamente segura, aquellas lecciones de economía doméstica tan sólidas en boca de una excelente ama de casa y de su interesante hija: nuestro papel será aquí tan modesto como el que desempeñamos en presencia de ellas.

Luisa. Mamá, antes que este caballero os interrogue, ¿me permitireis que le dirija una pregunta?

La madre. Ved si estais tan dispuesto á responder como mi hija á preguntar.

Yo. Seria muy descortés si rehusase contestar á esta señorita de quien tendré que solicitar tantas respuestas á mi vez.

Luisa. Pues bien, ¿quereis decirnos primero, exactamente, qué especie de noticias ó reseñas deseais obtener de nosotras?

Yo. Exactamente, no me será fácil. Mis interrogaciones serán por necesidad un poco generales; y el mérito

to de vuestras respuestas consistirá en ser mas precisas que mis preguntas: lo que deseo es oír contar los pormenores de economía doméstica que constituyen una parte de vuestras ocupaciones diarias.

Luisa. ¿Y en qué capítulos de este asunto tan vasto fijais particularmente vuestra atencion?

Yo. En los que abracen todos los pormenores; porque el menor olvido dejaria incompleta la ciencia que quiero adquirir. En ella he computado doce, y si no os espanta el número, pueden ofrecer materia para muchas conversaciones; pero, ¿qué interés teneis en conocer de antemano el plan de un curioso que os interroga?

La madre. Me encargo de responder á esa pregunta; por medio de la cual empezais á desempeñar vuestro papel. Sabed, pues, que mi hija experimenta, por ella y por mí, una dificultad que quizá no hubierais llegado á sospechar. El mundo está lleno de buenas amas de casa, que lo son por instinto y no por principios razonados; han obedecido al espíritu de orden y de pormenores que es natural en la muger; han seguido la experiencia materna, y hacen hoy lo que han visto hacer: aun las que han recibido mas esmerada educacion tienen siempre menos teoría que práctica. Por eso es difícil hablar de economía doméstica aun con aquellas que mejor dirigen su casa; esto lo hacen admirablemente: basta observarlas: os instruireis siguiéndolas con los ojos; pero cuando dejen sus ocupaciones no les preguntéis el secreto; vacilarán para contestar; nunca han reunido sus ideas como tal vez supongais, y se admirarán de que no sepais tanto como ellas: encuentran tan sencilla la tarea á que están habituadas que os dirán: *esto lo aprende una sin que nadie se lo enseñe*; y vuestra curiosidad les parecerá estéril, porque no han tenido necesidad de estudiar sábiamente lo que procurais saber.

Yo. ¿Y es esta vuestra respuesta? ¿os contaís con esta señorita en el número de aquellas que obran y no se dan cuenta de lo que hacen; que practican bien é instruyen con el ejemplo, pero que no podrian dar á una jóven en conversaciones ó por correspondencia, útiles lecciones sobre la administracion económica de la casa?

La madre. ¡Dios mío! no somos tan modestas para hablar así de nosotras. Siempre he considerado como ventajoso el razonar con mi hija sobre los objetos comunes de nuestros estudios; y ella se ha prestado constantemente de muy buena voluntad á nuestras serias conversaciones; pero por mucho que se haga, siempre es una la misma á despecho de sí propia. A fuerza de practicar juntas una parte de las tareas domésticas y de verme desempeñar sola las demás, Luisa ha dejado de fijar su atencion en una teoría á que ya no necesita consultar. Sin embargo, considero de mucha importancia que no proceda simplemente por rutina, porque cuando á su vez tenga que guiar á otras personas, no podrá siempre decir-

les: *Mirad como lo hago*. Bueno es que, aun imposibilitada de obrar, sepa dirigir su casa, y explicar lo que sabe: he aquí tambien por qué habíamos insistido en nuestros recuerdos, y por qué hemos acogido con tanta satisfaccion vuestro proyecto de conferenciar sobre los pormenores de la administracion doméstica.

Luisa. Sí, señor, y esta dificultad que mamá os ha manifestado disminuirá mucho si os tomáis la molestia de precisar vuestras preguntas. No os hacemos esta peticion en favor vuestro, sino para ayudarnos á responder; teneis una opinion demasiado buena de nosotras, si pensais prestarnos facilidad diciendo: *Quiero saber de qué se compone la economía doméstica*; pero si nos decís: *He aquí uno, dos ó tres asuntos determinados, que os son conocidos por una práctica diaria: decidme cómo los manejaís, y segun qué principios*; entonces, por mi parte, respiro, tomo confianza, y si mamá me deja algo que decir, me considero mas capaz de suplirla.

Yo. Teneis un pico de oro; nada tengo que oponer á ese razonamiento, que además de obligar mi curiosidad, es lúcido y natural en sí mismo.

La madre. Dadnos, pues, á conocer los puntos en que juzgueis útil que nos detengamos.

Yo. Hélos aquí: Se desea saber primero, cómo tan buena ama de casa procede en el asunto capital de las *compras*, que tanta influencia tiene en el orden y en los recursos del hogar doméstico.

Una vez comprados los objetos, reclaman un *uso* inteligente y no arbitrario: tal es el segundo capítulo que me interesa.

En tercer lugar, no solamente se crean recursos por la manera de comprar los objetos y de servirse de ellos, sino por los trabajos y cuidados interiores relativos á los lienzo y vestidos y á las provisiones que se pueden establecer en la casa.

Un asunto que depende de aquel, pero que no se puede aislar á causa de su importancia, es la reparacion de los lienzo y vestidos: este será mi cuarto capítulo.

Los ingresos y gastos deben ser inscritos con la mayor regularidad. Hay principios de contabilidad que es necesario tenerlos grabados en la memoria y aplicarlos diariamente. ¿De qué modo lleváis vuestras cuentas?

Indicaré tambien otro asunto de la mayor importancia por sus consecuencias: el balance de los recursos y de los gastos, y la apreciacion de lo que conviene hacer para que estos últimos sean siempre menores que los ingresos.

Mi sétima pregunta tendrá por objeto los trabajos de recreo que pueden tener su lado útil, como los bordados, la tapicería y muchos otros. Deseo saber hasta qué punto una buena ama de casa puede dedicarse á ellos.

Entre estos trabajos, los hay destinados á la caridad, y quisiera que tratásemos aparte los que tienen este carácter.

La dueña de casa, independientemente de todos estos cuidados, puede además, por diversos pormenores, en los cuales entra por mucho la oportunidad y la destreza, acercarse al objeto principal, que es el bienestar doméstico. Estoy seguro de que vuestra experiencia os ofrecerá en esto mas de un recuerdo.

El conocimiento de los diferentes medios de higiene es muy precioso para una madre de familia. ¿Cuáles son los que habeis procurado conocer, y cómo los poneis en uso?

Hay una costumbre que no es común para todo el mundo, pero que se reproduce bastante á menudo, y no deberemos olvidarla: me refiero á la permanencia, por lo menos temporal, en el campo. Sé que habeis tenido esta costumbre, y que sacais maravillosamente partido de la heredad y del jardín: muy útil me será conocer vuestro secreto.

En fin, no dudo que conoceis la conveniencia de no exagerar la práctica de las atenciones caseras, y tal vez no sea inútil restringir en su día, por medio de algunas prudentes reflexiones, las recomendaciones que se hayan hecho en nuestras conferencias.

No os presento mi plan como bueno, sino como mío; y si os parece, dejo el tono magistral para no ser mas que un humilde oyente.

Luisa. Todas vuestras proposiciones me han parecido muy claras, y por mi parte no veo en ellas nada que alterar.

La madre. Ni yo tampoco; pero suprimo la conclusión por demasiado modesta, y no consiento en perorar como en una cátedra, sino solo en hablar de lo que mejor debo saber.

Yo. ¡Vamos! Yo quería, despues de mi diluvio de preguntas, entrar en un cómodo silencio; pero veo que es menester renunciar á tan bello proyecto, y me resigno, porque no es mucho que yo conceda algo habiendo tenido la indiscreción de pedir tanto.

La madre. Otra observacion tengo que hacer, y es, me parece, lo que mi primo, el abogado, llama un *medio perjudicial*: por mucha precision que tengan nuestras respuestas, no esperéis que contengan los mas minuciosos detalles, porque hay muchos que seria pueril comprenderlos en una conversacion ó consignarlos en un escrito, y esta puerilidad no ofreceria ventaja ni aumentaria la claridad. No evitaremos las ideas familiares, pero excusaremos las circunstancias triviales; de cualquier modo que lo consideremos, habrá siempre en la práctica de los asuntos domésticos cosas que solo con la experiencia se pueden adquirir: detenednos si nos veis discurrir con vaguedad; pero no toméis por vagas ciertas generalidades, de las cuales no es verdaderamente posible descender en la conversacion, ni con la pluma en la mano.

Yo. Con cualquiera otra persona, temería, porque las generalidades son demasiado favorables á lo vago de

las ideas; pero teneis un espíritu positivo, no os pagáis de frases huecas ó vacías, y hablais con mucha razon. Estamos muy acordes, y os empezaria desde luego á preguntar; pero ya es tarde, y me parece prudente que lo dejemos para otro día, á menos que nuestro mudo auditor no tenga alguna cosa que decirnos.

El padre. Una sola, amigo mío; buenas noches.

FICHÚS, MANGAS Y CUELLOS.

Los fichús, mangas y cuellos han recibido tambien sus modificaciones, como accesorios del traje completo que para calle y paseo prescribe la moda. Dos juegos de suma sencillez ofrecemos hoy con sus correspondientes dibujos y un rico fichú que será fácil á nuestras lectoras confeccionar.



Fichú recto por detrás y cruzado por delante, con entredoses de encaje de muselina de la India que lo guarnece. Lleva tambien un gran encaje ligeramente fruncido y cosido al borde del entredos, y otro bajo, fruncido y cosido del mismo modo al entredos alto.



Cuello vuelto, formado de un entredos de Valenciennes y tres órdenes del mismo, encañonados ó rizados, á paja al borde.



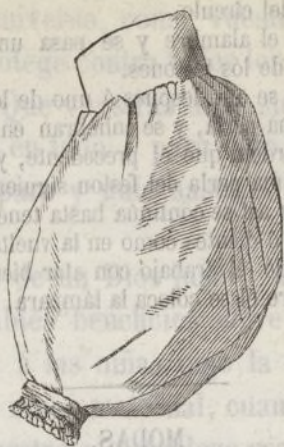
Pequeño cuello derecho, formado por un entredos y

dos órdenes de encajes, estrechos y encañonados como el anterior.

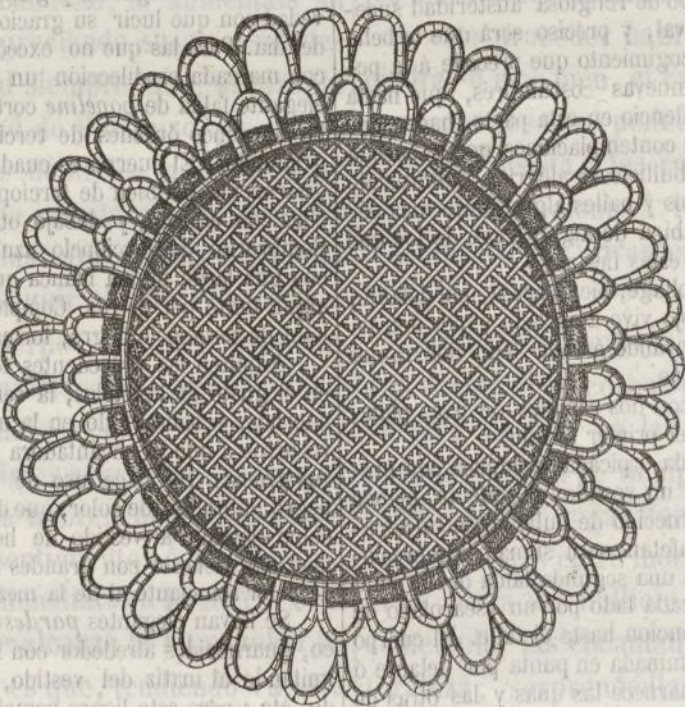


Mangas, llamadas á la *griffe*, que llevan un puño con entredos, lo mismo que el cuello núm. 2. La manga es de muselina, que vá fruncida en el tercio inferior, formando

bullones separados por un entredos que sale del puño.



Mangas de muselina con puño formado por el entredos y dos órdenes de encajes encañonados en la misma disposición que el cuello núm. 3.



REDONDEL PARA DEBAJO DE UNA LÁMPARA.

Se hace esta labor con cañamazo oriental, paja, perlas de Alemania de un blanco claro, sesenta centímetros de felpilla color de cereza, percal verde lustrado, y papel cereza.

Se extiende el cañamazo sobre un bastidor, y se pasa una paja por el primer punto al vies del cañamazo, se hace lo mismo en el siguiente y todos los demás. Se toma otra paja para comenzar un segundo orden como el anterior, pero en sentido opuesto dejando tres puntas del cañamazo en claro á contar desde el que empezó en el orden precedente, es decir, que se empieza tres puntos adentro para introducir tambien al vies la segunda paja. Los demás órdenes empiezan siempre como el segundo, teniendo cuidado de que la paja de estos pase encima del punto del cañamazo si pasó debajo de la primera, y así se obtendrá una labor elegante y regular que representará la forma de cuadrados ó rombos, segun la manera de

mirarla. Cada cuadrado representa cinco puntos de tapicería.

Córtense los hilos del centro de cada cuadrado, y aparecerá en el interior una especie de cruz de Alcántara.

Terminado esto, córtese un carton circular de diez y ocho centímetros de diámetro, péguese una hoja de papel cereza sobre este carton, y redondéese perfectamente; despues se colocará encima el cañamazo, sujetándolo bien para que sirva de transparente. Debajo se cubre ligeramente de algodón blanco, y este de percalina verde.

Enhébranse cuarenta y dos perlas blanco claro en un círculo de alambre de hierro que tendrá cincuenta y dos centímetros de circunferencia, cerrando el círculo sin cortar el alambre. Enhébranse otras doce perlas y vuélvase el alambre al primitivo círculo dejando tres en medio, y así se formará un diente ú hoja de feston muy regular. Enhébranse otras doce perlas en el alambre, como la vez

anterior, dejando del mismo modo otras tres perlas. Continuando este trabajo resultarán treinta y cuatro festones alrededor del círculo.

Fijese bien el alambre y se pasa una felpilla cereza por el interior de los festones.

El alambre se ata después á uno de los festones entre la sesta ó sétima perla, y se enhebran en él otras catorce por el mismo orden que el precedente, y se vuelve entre la sexta y sétima perla del feston siguiente: se enhebran otras catorce, y así se continúa hasta tener otros treinta y cuatro festones ó dientes como en la vuelta anterior, quedando terminado el trabajo con atar bien la punta del alambre, y sobre él se coloca la lámpara.

L.

MODAS.

Al hacer hoy nuestra revista de modas no podemos consolarnos del inmenso vacío que la riqueza y el buen gusto de las elegantes toilettes de baile nos han dejado con su ausencia. Un tiempo de religiosa austeridad sucede á las alegrías del carnaval, y preciso será que la bella juventud se entregue al recogimiento que precede á la penitencia. Pero ya que las nuevas costumbres, que hasta ahora dejamos pasar en silencio en esta parte, hacen que el tiempo de las cristianas contemplaciones no se suceda tan rápidamente al de las bulliciosas alegrías, admitiendo en días muy cercanos saraos y bailes algun tanto mas serios, haremos mérito tambien de algun traje de los que ofrecen mas novedad para estas fiestas.

Corona de jazmin sin follage, bien espesa, por delante, racimos de grueso coral rojo vivo á un lado y por detrás.

Corona de junquillo llevando á cada lado dos ramos de yerbas con plumas negras.

Corona de myosotis con dos racimos de uvas plata, dispuestas como el coral del primer tocado.

La guarnicion escarolada ó picada se emplea con preferencia en los trages. Asi un vestido de tafetan blanco con el bajo de la falda guarnecido de bullones de tul separados por escarolados de tafetan, será sumamente precioso. El resto vá cubierto de una segunda falda de tul, puntillado de oro, recogido á cada lado por un escarolado de tafetan que sube en disminucion hasta el talle. El cuerpo se adorna de una berta terminada en punta por delante ó bien de bandas; y se las guarnece las unas y las otras de dos órdenes de escarolados que casi las cubren completamente. El tocado se compone de coral y de follage con nervaduras de oro.

Trage de tarlatana cubierto de pequeños volantes hasta media falda, todos guarnecidos de un estrecho terciopelo rojo; con una segunda falda unida y vuelta á cada lado por cogidos de cinta de terciopelo del mismo matiz, terminando en el bajo por un gran lazo. Berta compuesta de pequeños volantes, parecidos á los de la falda, cerrada por un ancho lazo de terciopelo.

La toilette de soiré, es en extremo admirable. Vestido de moaré gris avellana, adornado en el bajo con una tira de tafetan del mismo avellana, que suben por delante y vuelven hasta la espalda para formar delantal y peto, guarnecido y adornado todo de un escarolado picado de tafetan parecido al anterior.

La misma toilette en tafetan malva claro, adornando solo la falda sembrada de estrellas auríferas, pero de hechura de túnica, es de una gran elegancia.

Los paseos y las visitas reemplazarán á las alegrías

reuniones hasta entrada la risueña Primavera, y para aquellas ocupará la moda un rango mas distinguido. Las toilettes que al efecto se preparan, pierden el carácter de las que vienen en uso, y están mas en armonía con las exigencias esta estacion.

Vestido de tafetan verde prado, matiz vivo, muy en moda este año, adornado con pequeños volantes, con rizado graciosamente sobrepuesto, y un elegante paletot de terciopelo gris algo claro, que cubre el vestido, guarnecido de botones verdes del mismo matiz, forma un traje de elegante armonía. Las mangas de este paletot, son de medio codo con vuelta, que lleva los mismos botones en el borde superior; en el pecho lleva un pequeño blandin ó vuelta. Completa este traje distinguido un sombrero de terciopelo, adornado de cintas verdes y encaje negro.

Otra toilette consiste en un vestido de moaré antique, matiz bronceado dorado, cortado el talle un poco en punta. El bajo de la falda está guarnecido por una especie de pirámides, formadas por volantes cortados y sobrepuestos. El cuerpo es alto y cerrado; las mangas largas y con adornos en la misma disposición que la falda; el sombrero de terciopelo negro con plumas azules y encaje negro.

Las niñas, que en el teatro de la moda reflejan la mas delicada elegancia y gusto, merecen tambien una novedad con que lucir su graciosa movilidad en los paseos del dia. Para las que no exceden de seis años se adopta con marcada predileccion un traje que consiste en una elegante falda de popeline corta, y adornada sobre su orilla con cinco órdenes de terciopelo azul, cuidadosamente graduados. El cuerpo es cuadrado en la forma alemana, guarnecido tambien de terciopelo azul; mangas algo anchas con adorno, y debajo otras sencillas de muselina. Sombrerito de terciopelo azul, preciosamente adornado con una larga pluma blanca que dá vuelta y se remonta algun tanto por detrás. Completa el traje un pequeño paletot de terciopelo negro, formado de raso azul labrado.

Admiten las precedentes toilettes algunas variaciones en el gusto de las telas, la sencillez y elegancia de los adornos, y sobre todo en la ninguna exageracion de los recursos á que la encantadora belleza acude para realzar sus gracias. Se hace uso de telas popelin, rasos, fondo negro, labrados, de color, que dan un aspecto tan modesto como elegante al vestido de hechura á la Gabriela, adornado por delante con grandes botones de tafetan de raso de color semejante al de la mezcla de la tela popeline.

Se llevan elegantes *pardesús* rayados de negro y blanco, guarnecidos alrededor con rizados de tafetan de color, imitando al matiz del vestido, sea rojo, azul, tornasolado, etc.; pero este ligero complemento sienta mejor á las jóvenes.

Los sombreros de terciopelo malva y verde de agua, con un adorno de plumas sentado sobre la parte superior y dando vuelta hacia el bavolet, son los que mas se distinguen.

Otro á media toilette de raso ligeramente adornado con confecciones de terciopelo violeta en lo alto del bavolet, lleva á un lado encaje negro, y al otro blonda blanca, formando un simple nudo ó lazo.

En esta variedad agradable, que la elegancia y riqueza ofrecen á cada paso, no se observa, sin embargo, el triunfo absoluto de un tipo que ofrezca una larga duración.

EMILIA R. R.

MADRID 15 DE FEBRERO DE 1861.